



XI

Jesucristo Sacramentado, seguro Refugio del cristiano.

Deus noster refugium.
El Dios nuestro es refugio del hombre.
Ps. XLV, 1.

1. «Tú eres, Señor, mi refugio en la tribulación que me ha rodeado;» exclamaba el salmista en uno de sus fervorosos arranques. Una experiencia, por cierto demasiado triste, nos impele á declarar que el hombre separado de Dios, á la manera que débil barquilla colocada en alta mar á merced de furiosas olas que levantan horribles huracanes, así vive continuamente zozobrando sin hallar reposo en parte alguna, expuesto á las terribles contradicciones y agonías del espíritu; pero lo más sorprendente, lo que no se explican muchos y que les ha hecho perder la Fe, es que la mayor parte de esos desgraciados seres, que están separados de su Criador, llevan al parecer una vida tranquila, una vida regalada y hasta feliz; los sucesos desagradables les favorecen, y en las circunstancias, aun las más fatales, prosperan; se les pregunta acerca de la paz del alma y responden friamente que no sienten remordimiento ni hastío alguno. ¿Cómo puede ser esto? preguntan los sencillos de corazón. Si lejos de Dios la paz sólida no existe ¿cómo pueden gozar de la paz? Si apartados del Altísimo no hay pros-

peridad verdadera, ¿en qué consiste que los impíos prosperan más que los buenos cristianos?

Respondamos con la brevedad que requiere el asunto. Para el impío no se ha hecho la verdadera paz ó sea la paz que proviene de una conciencia buena y que produce la única alegría del espíritu. Si el impío se persuade que vive tranquilo, eso puede proceder ó de la afectada ignorancia de los deberes respectivos ó de la refinada malicia que ha llegado al estado de endurecer el corazón. Si en efecto prospera, lo será únicamente en bienes materiales; porque bien se corresponde que uno esté separado de Dios y que al propio tiempo sea floreciente su material estado. El Señor permite esto para atraerle mejor á su amor. Por lo demás, el Altísimo suele disponer las cosas de suerte que los fieles sufran en este mundo para su mayor mérito y mejor corona.

2. Ciertamente que el impío no goza á satisfacción; se ilusiona más bien que es feliz, ya que recorriendo todos los placeres de la vida no encuentra en ellos reposo duradero ni gozo íntimo; su felicidad está muy lejos; está en Dios, y mientras á Dios no vuelva su rostro en ademán suplicante y el Señor le reciba amoroso en sus brazos no puede gozar con el placer que el corazón exige. El soberbio es todavía más digno de compasión que el impío; por más que haga profesión de cristiano, tiene el grave defecto de confiar demasiado en sí mismo y de atribuir á sí propio las obras que sin el auxilio de Dios no podría llevar á cabo. «Sin mí nada podéis hacer (1)» ha dicho Jesucristo; y tanto por esta razón como por la anterior se deduce la necesidad imperiosa que el cristiano tiene de acudir al Divino Maestro, único apoyo y refugio suyo.

Con expresas palabras declara esta doctrina consoladora nuestro amoroso Señor, al decir: «Padre mío, los que me diste guardé y ninguno de ellos pereció...; (2)» y cuando la cohorte de los sacerdotes le prendieron en Gethsema-

(1) Joan XV, 5.
(2) Joan. XVII, 12.

ni, añadió á sus enemigos: «Si me buscáis á mí, dejad ir en paz á mis discípulos»; (1) y añade el evangelista que este rasgo de misericordia lo practicó el Salvador para que se cumpliese la Escritura. Ved ahí cómo Jesucristo defiende y salva á los suyos; ved ahí cómo es refugio de los cristianos. Ahora bien, Cristo Nuestro Señor continúa en la Santa Eucaristía los propios oficios que desempeñara durante su mortal vida; *luego el Santísimo Sacramento es también nuestro refugio*. Trataré este punto único en el presente discurso.

3. Nadie puede poner en duda que Jesucristo en la Eucaristía, aunque humilde y oculto á nuestra vista corporal, aunque anonadado hasta el extremo de manifestarse impotente é inexistente á los ojos de la razón, es sin embargo el mismo Jesucristo del Tabor y del Calvario y de la Ascensión; es el mismo Dios del Sina y del Arca de la Alianza que posee á su voluntad las llaves de la omnipotencia, teniendo á todos los seres debajo de su imperio, incluso los propios espíritus infernales. Ni éstos con todas sus furias, con toda su voluntad depravada de dañar al hombre podrán hacer nada sin el beneplácito divino; ni las criaturas insensibles, ni una hoja de árbol, ni un cabello de la cabeza (2) podrán caer sin la voluntad del Señor. Si, pues, todo está sujeto al Hombre-Dios, y por otra parte, el Dios Hombre ha prometido librar á los que le invocan; (3) ¿con qué confianza filial no deberemos acudir á ese Trono de misericordias donde Jesús Sacramentado se ostenta tan magnífico como humilde? En el Sacrificio de la Misa Jesucristo se anonada, se sacrifica como se sacrificó y se anonadó en la Cruz, y por más que sea diverso en el modo de ofrecerse, no obstante conseguimos por medio del Sacrificio incruento idénticas mercedes que en el del Gólgota: he ahí por qué durante el tiempo que el Salvador se halla realmente presente en la santa Misa se nos derraman las gracias divinas á to-

(1) Joan., XVIII, 8.

(2) Luc. XXI, 18.

(3) Ps. XC, 15.

rrentes, obtenidas por aquéllos que fervorosamente y con buenas disposiciones las solicitan. Mas, como á todas horas no podemos obtener las riquezas del Sacrificio del Altar, por eso el Salvador dispuso conservar unos bienes semejantes en el Sagrario con objeto de que á todas horas pudiésemos solicitarlas y conseguirlas.

Á la manera que un sujeto culpable, que se ve perseguido de la autoridad, procura esconderse por los lugares en los que cree no será hallado, y si por ventura encuentra un bienhechor que le abre los brazos y le promete defenderle créese feliz, así el cristiano pecador, que se ve perseguido de tantos enemigos como diariamente le combaten, corre en busca de un seguro asilo, y, al hallarle en el Sagrario, se cree gozoso y tranquilo.

4. Desde el Sacramento Jesús nos habla al corazón con estos ó parecidos términos: Quedaos conmigo (1) y seréis salvos. No os dirijáis á otra parte, porque estáis seguros. No se turbe vuestro corazón ni haya miedo; (2) porque si sois pecador abominable, he ahí que os he abierto mi Corazón para que, después de purificado el vuestro, podáis entrar en Él; mas si sois fiel justo, si, perseguido de los enemigos, habéis venido á mis paternos brazos, os dejo mi paz y os la doy, no del modo que la ofrece el mundo (3), porque esa paz es lisonjera y engañosa, sino con verdad y nobleza. ¿Queremos todavía más amor que el que nos demuestra Jesucristo desde la Eucaristía? Ahora podremos dirigir con toda verdad al Sacramento aquellas frases del vate coronado: «El Señor es nuestro refugio y fortaleza, nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos acosan; por eso no temeremos aunque se extremezca la tierra y se trasladen los montes al medio del mar» (4).

5. Este autor de los cármes divinos, que al compás de las melodías de su arpa cantaba las excelencias del Altísimo, ha dicho en repetidos versos que el Dios de las virtu-

(1) Joan. XV, 9.

(2) Joan. XIV, 27.

(3) Id. id.

(4) Ps. XLV, 2 y 3.

des está con nosotros y que este Dios Hombre es nuestro defensor (1), nuestro firmamento (2), nuestro refugio (3), nuestro asilo (4) y nuestro ayudador (5). Desde el Sacramento se nos manifiesta como segura casa de refugio, (6) á donde convenir debemos en nuestras tribulaciones; y el que defendió á Daniel de la voracidad de los leones (7), y á Susana de la violencia de los viejos inhonestos (8), y á los tres niños de las llamas del horno babilónico (9), y á la adúltera de las piedras de los acusadores (10), y á la Magdalena de las murmuraciones del fariseo Simón (11), y á los apóstoles de las furias de los judíos (12), ¿no nos defenderá á nosotros desde la Santa Eucaristía si somos al propio tiempo justos como Daniel, castos como Susana, santos como los tres niños, penitentes como la adúltera, caritativos como la Magdalena y fervorosos como los apóstoles? El Altísimo siempre fué casa de seguro asilo para los que, verdaderamente contritos, se refugiaron en ella; que lo diga el pueblo judaico á quien tantos favores concedió el Omnipotente; y esa bella Arca de la antigua alianza, emblema de la Santa Eucaristía, ¿no era el medio poderoso de que se valía el Eterno para defender y amparar á sus servidores? Si así es, á nadie extrañar debe que el mismo Dios que se apellida hoy, no de los ejércitos, sino de la mansedumbre, no de las venganzas, sino de los amores, sea el que desde el Arca del Nuevo Testamento se ostente nuestro defensor y nuestro asilo.

6. Su fervorosa oración al Padre fué una clara y ostensible declaración de esto mismo; y hoy, mejor que en el cená-

- (1) Ps. XC, 2.
- (2) Id. XVII, 3.
- (3) Id. XXXI, 7.
- (4) Id. XXX, 3.
- (5) Id. IX, 10.
- (6) Id. XXX, 3.
- (7) Dan. VI, 27.
- (8) XIII.
- (9) Dan. III, 93.
- (10) Joan. VIII.
- (11) Math. XXVI, 10.
- (12) Act. Apost.

culo jerosolimitano, después que hubo lavado los pies á sus discípulos, desde el cenáculo eucarístico prodiga sin cesar esta misma oración por los suyos: «Padre santo, le dice, guarda por tu nombre á aquéllos que me diste para que sean una cosa (en caridad) como lo somos nosotros (por naturaleza). Mientras yo estaba con ellos los guardaba en tu nombre y no pereció ninguno de ellos... Te ruego que los guardes del mal... Santificalos con tu verdad... Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por su palabra... Quiero que aquéllos que tú me diste estén conmigo en donde yo estoy á fin de que vean mi gloria que tú me diste» (1). Aquí es en donde se descubre en toda su realidad y en toda su belleza el grande Corazón de Jesucristo, su piedad, su misericordia y su amor. Sus palabras suplicatorias fueron manifestación solemne de que Él es seguro asilo de los que en su Palabra creen, y estas mismas frases se dejan oír dulcemente desde el Altar eucarístico con su lógica práctica; pues el Salvador, mientras está con nosotros (2), nos guarda del mal: es nuestro defensor.

7. Precisamente, si en todas partes Jesucristo oye benigno nuestras súplicas; si en todos lugares puede ser, y de hecho es nuestro inviolable asilo, porque en todos los lugares está por su divinidad y puede despachar nuestros ruegos, también es evidente que desde el Sacramento Santísimo oye de mejor gana las peticiones cristianas, y desde ese mismo Sacramento las despacha más favorablemente. Quien oyó á Abraham en las tiendas (3), y á Moisés en el desierto (4), y á Josué en el campo de batalla (5); quien escuchó á David en su lecho (6), y á Salomón y Ana en el templo (7), y á los apóstoles en el cenáculo (8); quien despachó las fer-

- (1) Joan. XVII.
- (2) Joan. XVII, 12.
- (3) Genes. XVI.
- (4) Exod. III.
- (5) Josué. X, 12.
- (6) II Reg. XXIV.
- (7) II Paralip. VII, y I Reg., 1.
- (8) Act. Apost. II.

vorosas súplicas de S. Esteban dirigidas en la plaza (1), y las de S. Pablo en el camino (2), y las del Centurión en su casa (3), y las de los mártires en el lugar de sus tormentos (4): ¿no oirá y despachará los ruegos que se le dirijan desde su templo escogido, desde el Sagrario, que Él ha adoptado por perenne morada? Digo más todavía: hay mercedes que únicamente las quiere conceder el Señor por medio de su Sacramento. Con efecto: aparte los inefables favores que nos dispensa peculiarmente con la recepción de su Santísimo Cuerpo y Sangre, y que por otro medio no nos sería dable obtener; y aparte asimismo las que nos otorga mediante el Sacrificio de la Misa, es preciso tener en cuenta que Jesucristo ha cifrado todo su amor y ha derramado todas sus riquezas en la Sagrada Eucaristía; que sus delicias íntimas consisten en habitar con nosotros, y que efecto de este mismo dogma de fe, ha prometido estar en nuestra compañía hasta el fin de los tiempos. Ahora bien: Jesucristo, por estos tres capitales motivos, algo más ha intentado manifestarnos, algo más ha querido darnos que por los demás medios de salvación; porque, si en la Eucaristía únicamente ha puesto como en inmenso arsenal todo su amor, es porque desea distribuirlo á manos llenas, lo que no ha verificado desde otros lugares; si, mediante la Eucaristía únicamente, tiene con los cristianos sus puros deleites, es porque efectivamente se goza con ellos, lo cual no efectúa por otro medio. Mas, para gozarse es indispensable un amor recíproco entre el amante y el amado; y para que este amor exista en su grado conveniente, es necesario que Dios, por medio de la Eucaristía, conceda este amor á la criatura que no lo tiene; y he ahí por qué Jesucristo, desde el Sacramento Santísimo, dispensa las gracias á manos llenas, mejor y con más abundancia que en otro lugar.

8. Que estas consoladoras ideas estén conformes del todo con el sentir de la Iglesia, lo demuestra la segura doc-

- (1) Act. Apost., VII.
- (2) Id., IX.
- (3) Luc. VII.
- (4) Act. Marty.

trina de los santos. S. Agustín, hablando de las mercedes que Jesucristo dispensa desde el Sacramento augusto, enseña que el Salvador tiene más deseos de comunicarnos sus gracias que nosotros de recibirlas. S. Alfonso de Ligorio (1) afirma que Jesucristo está siempre dispuesto á concedernos sus beneficios, y trae para el efecto la autoridad del discípulo amado, el cual asegura que el amor que nos profesa el Señor en la Hostia inmaculada es un amor sin tasa, sin términos, es un amor infinito (2). Y ¿cómo no ha de verter sobre nuestro corazón necesitado el torrente de sus gracias, si ha prometido por Isaías que seríamos llevados á sus dulces pechos y que allí nos regalaría como una madre regala á su pequeñuelo (3)? Es así porque un santo varón contempló á Jesús Sacramentado con los pechos enchidos de fresca y riquísima leche, y que se adelantaba hacia el altar para derramarla sobre quienes la solicitaban. Es así porque otro V. Padre vió al Salvador en la Santa Eucaristía con las manos llenas de beneficios y que buscaba anhelante á quienes otorgarlos.

9. La triple actitud eucarística de Jesucristo prueba hasta la saciedad que en el Sacramento es nuestro seguro refugio. ¿Qué es y significa la acción misma de quedarse en los altares día y noche, entre agradecidos é ingratos, sino que realmente quiere oír nuestras oraciones, despachar nuestras súplicas y acogernos tiernamente bajo su poderoso amparo, mejor todavía que la solícita gallina acoge debajo de las alas á sus polluelos?

¿Qué es y significa la acción adorable de inmolarse in-cruentamente, millares de veces al día, dando gracias á su Padre por los beneficios que nosotros hemos recibido, implorando perdón por nuestros pecados, dándole el honor que le debemos y satisfaciendo por nuestras culpas? ¿Acaso no ejecuta todo esto porque es infinitamente misericor-

- (1) Visitas al Santísimo.
- (2) Joan. XIII, 1.
- (3) Isai. LXVI, 12.

dioso, y porque desea que á su fresca sombra estemos tranquilos y descansemos seguros?

¿Qué es y significa la acción bellísima de entrar en nuestras almas y de comunicarnos sus divinos carismas, mediante la inefable Unión eucarística, sino que intenta además colocar su castillo de defensa dentro de nuestro corazón, no para que nosotros nos quedemos á la parte exterior, sino para que entremos dentro y pueda de este modo defendernos y nosotros ser defendidos?

¡Ah! es que en Jesucristo Sacramentado lo tenemos todo; es nuestro apoyo, baluarte, asilo y refugio. Él nos tiene en su posesión y jamás nos dejará salir de su castillo sagrado si no rompemos violentamente las puertas de su amor para introducirnos de nuevo en las vanidades del siglo. Con Él todo lo podemos, porque todo lo puede aquél que es confortado por Jesucristo (1).

10. Si tuviéramos bien arraigadas las virtudes teologales, no habríamos miedo á las tentaciones, á las enfermedades y á los trabajos; porque el que todo lo puede está con nosotros. Si Jesús nos conforta, ¿por qué desmayamos en las empresas por el bien de la Religión y de la sociedad? Si nos ayuda, ¿por qué tememos á los enemigos de la Fe y del orden, pues sabemos que jamás el infierno prevalecerá contra la Iglesia? Si nos ampara, ¿por qué nos afligimos ante el sinnúmero de calamidades que nos cercan y de las cuales seremos quizá culpables? Tengamos fe y acudamos á Jesús; esperemos en Él y Jesús nos concederá lo prometido; amémosle y no nos separemos de su lado. Ahora más que nunca deberemos abandonar los banquetes, los teatros, las tertulias, las diversiones que no ofrecen sino sinsabores y remordimientos amargos; porque ahora más que nunca el mundo se ha dado á ellas, y á nosotros nos conviene dar ejemplo de adhesión á Jesucristo, y de total desprecio de las profanidades seculares. Ahora más que nunca deberemos estar al lado de Jesucristo y de su Iglesia para de-

(1) Ad. Philip. IV, 13.

defendernos; porque ahora más que nunca sus enemigos se han concertado para darles terrible combate y los más de los fieles permanecen indiferentes ante el destrozo causado en la grey santa por el adversario. Sí; oremos á Jesucristo por el bien universal, y particularmente oremos con fervor por nuestra Causa que es la Causa de la Religión: armados con las virtudes y con un prudente celo desafiemos, si menester fuere, las salvajes hordas; y en el momento de la cruel batalla, batámonos sin miedo con Jesucristo, ya que no debemos olvidar que Él será siempre nuestra defensa y nuestro Refugio.

EJEMPLO

El franciscano Fr. Juan de Candía tenía tanta confianza en el Santísimo Sacramento que en todas sus tribulaciones acudía á Él como á seguro lugar de refugio. En cierta ocasión fué tentado horriblemente del demonio, quien, para ver si podía violentarle, se le apareció en el templo en figura de caballo furioso que, levantando las piernas delanteras, intentaba despedazarle. El siervo de Dios, empero, con mucho pavor y espanto comenzó á huir hacia el altar del Sacramento y, arrojándose á él todo lo posible, solicitaba fervorosamente la ayuda del Señor. Entonces se oyó una voz clarísima que, partiendo del sagrario, decía: No temas, Fr. Juan, que yo soy contigo, mas toma ese caballo y derribalo en tierra con mi virtud.—¡Prodigio singular! El santo cogió al tentador y lo derribó en el suelo, á pesar de los esfuerzos titánicos que éste hacía por desprenderse de las manos de aquél. Al propio tiempo, se oyó la misma voz que añadía:—Fr. Juan, mándale que de aquí en adelante no te sea molesto, ni á alguno que con devoción y entera confianza recurriere al amparo del Santísimo Sacramento del altar como tú lo has practicado.—Con efecto; muchos devotos cristianos, que se sirvieron de la Santa Eucaristía para alejar de sí trabajos semejantes, experimentaron idéntico favor, habiendo rezado antes tres veces el Padre nuestro.